



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10807

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 d. Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 13 DE MARZO DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jonas, Fahbourg-Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

Operaciones al contado y a plazo en toda clase de valores cotizables en Bolsa.

COMISIONES REDUCIDAS
CARLO PÉREZ LURBE
12, CASTELLINI, 12.

¿POR QUÉ VUELVE?

La noticia referente al relevo del general Polavieja de los cargos de Capitan General de Filipinas y general en jefe de las tropas que operan en el archipiélago, ha causado penosa impresión. La insistencia del general en pedir su vuelta a España ha hecho cesar en parte la desconfianza de que tal petición está fundada en disidencias con los ministros. El general Polavieja está enfermo en realidad; sin embargo, la enfermedad no será grave, por que el ilustre jefe esperara su relevo operando sobre Cavite hasta tomarlo.

Si otros hechos que saltan a la vista no enjendraran la duda sobre si es solo la enfermedad que padece la que obliga a regresar a Polavieja, bastaría el que dejamos apuntado para que la duda existiese.

La enfermedad del general no es de ahora, data de mucho tiempo, de bastantes años; cuando la guerra china en Cuba ya estaba enfermo el general. Al aceptar el mando de Filipinas no estaba curado y seguramente sabía que se le habia de exacerbar dado el clima en que iba a vivir y la vida de campaña que iba a emprender.

El general Polavieja no necesita que le extiendan nadie certificados de patriotismo: se los ha extendido él en los campos de batalla y los ha sellado con su sangre.

Esto es lo que no pretendemos dirigirla cargo alguno, sino fundamentar la duda de que hemos hecho mérito, es bien extraño que cuando se habla de refuerzos y de resistencias para enviarlos sea cuando aparece exacerbada esa enfermedad, no grave, puesto que puede esperar un par de meses.

Pero hay más que eso. No ha hecho más que anunciarse el relevo de Polavieja y ya se anuncia que volverá también el general Lachambre, que fue con él á Filipinas y con él comparte las glorias alcanzadas.

Además, el general Cornell que fue también al archipiélago con el ilustre general en jefe, padece de disenteria, está enfermo y es posible que piense que en la tierra patria puede encontrar la perdida salud.

Todo esto puede ser puramente casual; pero también muy abonado para mantener en la opinión la duda de si el general Polavieja regresa por enfermedad ó por disgusto ó por ambas cosas á la vez.

TIJERETAZOS

«El Nacional» considera como una

nueva desgracia la vuelta á España del general Polavieja.

Pero leyendo entre líneas en su artículo de fondo, casi se adivina que tiene prisa porque le envíen el relevo.

Sin duda se interesa mucho por su salud y de ahí el desco que manifiesta porque vuelva pronto.

Cosa que espera el pueblo español, según *Los Guerrilleros* que hacen las *Guerrillas* de «El Ejército» de López Domínguez:

«Que Cánovas salga del poder. Que se envíen á Filipinas veinte batallones.

Que Polavieja no regrese. Y que se acabe la guerra.»

El pueblo español puede tomar asiento para no cansarse.

Porque para que caiga Cánovas y se manden los veinte batallones y acabe la guerra falta un rato.

Del mismo periódico del propio López Domínguez:

«Trabajo cuesta creer lo que á estas horas en España ocurre.

Vergüenza da decirlo, pero no hay remedio.

Todos los españoles estamos siendo una colección de monigotes de madera...»

¡De madera!

Eso es vergonzosísimo, el señor.

Ya decía yo que cuando estas cosas que pasan no nos producía calor en las mejillas era por algo.

¡Si nos hemos convertido en pino-tea!

Dice un periódico que el general Weyler tiene el propósito de llegar hasta Santiago de Cuba, para lo cual estudia una nueva combinación sobre operaciones.

¡Pero si eso es muy sencillo!

Siguiendo el camino adelante con sus veintidos mil hombres ¿qué separatista se le pone enfrente?

Si acaso á la espalda, que es donde se van quedando hasta ahora.

Y así resulta la mar de pacificada toda la isla.

CARTA

de uno de enfrente á otro de enfrente

PARTICULAR.

Mi querido hermano en Dios;

Antes que pasen más días, quiero, sin majaderías, que hablémos claro los dos.

Tú, *marrajo* de coraje, que viendo estás lo que pasa en el rincón de tu casa,

convendrás que no es ultraje que nosotros los de enfrente de esa actitud en virtud,

adoptemos la actitud de apoyarnos noblemente.

¿Qué ambicionais de nosotros? ¿Dinero? Pues venid ya y dinero se os dará,

que lo nuestro es de vosotros.

¿Necesitáis gente diestra en armar y otros jaleos?, decidid sin cablidos

y se os dará gente nuestra.

¿Es que ya el color morado os repugna?... Si es preciso, os damos nuestro permiso para usar el encarnado.

Si es que se encuentra hecho trizas vuestro tercio de romanos, no apurarse, que á dos manos os damos nuestras *modrivas*.

Si la gente granadera está muy deteriorada, con la nuestra donodada contad de cualquier manera. Si llegásteis tan á menos

que os hace falta además un guión, tendréis á Más que es un guión de los buenos. Si el mal humor, por ventura, os induce á obrar así, negándole, *porque sí*, á Jesús su sepultura, nosotros tenemos *fierra* sobrado, en esta ocasión, para hacer la procesión, *marraja* del Santo entierro UN CALIFORNIO.

UN CONVOY ATACADO EN LOS MOLINOS

No sabemos si el convoy de que se trata estaba compuesto de comestibles ó *bebestibles* ó si consistía en alguna miserable caja de jabón. Lo cierto es que pretendía pasar burlando la vigilancia del enemigo, que, ojo avisor y retaco al hombro, escudriñaba la campiña para impedir la entrada en el poblado hasta á los microbios del paludismo.

El tiempo se deslizaba tranquilo; la media noche había doblado y la madrugada avanzaba serena y silenciosa, anunciando los esplendores de la alborada.

También avanzaba el codiciado convoy, deslizándose por ignorados senderos que se ocultaban en la sombra.

La fuerza que lo custodiaba no se sabe si era numerosa; pero iba dispuesta á defender lo que llevaba por delante.

Ya llegaba el convoy á su destino; ya casi estaba en salvo lo que tanto había costado acarrear; ya se miraban los conductores con aire de satisfacción, como dándose el parabien, cuando...

¡pum! sonó un tiro que tenía todo el acento de un pistón de caballería.

¡Allí fué Troya! Aquello se convirtió en un campo de *gramante*, como decía ayer mañana, todo asustado, un morador de los Molinos, que no pudo conciliar el sueño desde que vió el primer fogonazo que se coló sin permiso por la entresbierta ventana de su hogar.

Y tenía motivos el hombre para asustarse. Eso de que se eche en la cama un hombre honrado, para reparar las fuerzas con el sueño, y que lo dejen seco de un balazo, es cosa muy fuerte y muy punible.

Pero vengamos á lo del convoy. Descubierta éste, tomaron los matuteros posiciones para defenderlo y se dispusieron á atacarlo los enemigos, que á juzgar por el interés que mostraban en defender la plaza de toda invasión matutera, eran empleados de consumos, armados de todas armas, garrrete inclusive.

¡Vaya una de tiros que se armó! ¡Si parecía que había surgido de pronto otro cantón murciano ó un levantamiento carlista ó cualquier otra cosa de mucho ruido!

Una vecina que velaba á su hijo enfermo, al oír aquel estruendo de voces y descargas cerradas, se afectó en talca términos que sufrió un síncope. El marido de la vecina se despertó sobresaltado creyendo que se le había muerto el hijo. Una señora que está enferma, al oír aquella algarabía de tiros y voces se agravó repentinamente; y mientras su esposo se lamentaba de que en un pueblo civilizado no se pudiera dormir con tranquilidad, seguía el fuego granado en la misma puerta de su casa, causando espanto á los vecinos y sobre todo á las vecinas.

Los que oyeron los disparos cuentan que pasaron de una docena y callaban el acto de salvajada.

Sin duda de este suceso tendrá noticia el señor alcalde. Y si la tiene, confiamos en que habrá dado sus órdenes para garantizar la vida de los vecinos, impidiendo que se celebre en pleno barrio de los Molinos la segunda audición del tiroto de anteanoche.

DON VICENTE CARLOS-ROCA

Con datos más completos que los que ayer teníamos al dar cuenta del fallecimiento del Contraalmirante de la Armada D. Vicente Carlos-Roca, publicamos hoy la biografía de tan distinguido general.

D. Vicente Carlos-Roca y Sansaloni, nació en Palma de Mallorca en 5 de Abril de 1830.

A la apertura del Colegio naval, en Enero de 1845, se presentó á examen y obtuvo carta-orden de guardia marina por R. O. de 19 de Febrero siguiente, desde cuya fecha ha prestado servicios en la armada.

Salió á oficial en 23 de Julio de 1851 y posteriormente obtuvo los empleos de su carrera hasta el de contraalmirante que disfrutaba desde el 10 de Agosto de 1892.

En las diferentes veces que ha estado en Ultramar ha reunido más de 17 años de servicios en el apostadero de Filipinas y de los 34 años que contaba de embarco en buques armados tenía 16 de mando.

Ha mandado en propiedad el Pallebot «Ntra. Sra. del Carmen», las goletas de hélice «Santa Filomena» y «Circos», el vapor «Blasco de Garay», la corbeta de vela «Ferroliana», la fragata «Gerona» y la blindada «Sagunto»; la División naval del Sur (Filipinas) y la Comandancia general del apostadero y escuadra de Filipinas.

Interinamente ha mandado otros; y como oficial ha navegado en varios de vela y vapor.

De los destinos de tierra ha desempeñado los de ayudante mayor de este Arsenal, Jefe de armamentos, Comandante general interino, Secretario de la Capitanía general, Mayor general del Departamento de Ferrol, Comandante de Marina y Capitán del puerto de Sevilla y Director del Personal del Ministerio de Marina.

Por méritos de guerra estaba condecorado con la gran cruz del Mérito naval que obtuvo en el empleo de Capitán de navío de 1.ª clase, mandando la división del Sur, y con las de la marina de Diadema real y Caballero de las órdenes de Carlos III é Isabel la Católica. —Además estaba en posesión de la Gran cruz, placa y cruz de San Hermenegildo, encomienda de número de Carlos III y cruz del mérito naval de 3.ª clase.

En los muchos años que ha servido en Filipinas ha estado siempre en lucha constante, unas veces con los elementos, haciendo cruceros y travesías peligrosas en el mar de la China, desempeñando el servicio de correos en buques de malas condiciones, y otras peleando con los moros y piratas del archipiélago.

Desde 1853 al 57, perteneciendo á la división de la Isabela, hizo constantes cruceros con las falúas de la misma, asistiendo á varios desembarcos y batallas en el archipiélago de Samalas y Joló, mandando un pallebot.

En 1860 batió y echó á pique un Salipán pirata.

En 1861, mandando la goleta «Santa Filomena», navegó por el mar de China y costa de Cebú, persiguiendo los moros piratas, logrando alcanzar dos em-

barcaciones grandes que destruyó y quemó y rescatando considerable número de cautivos cristianos.

En 1862 y 63, en el mismo buque navegó por el mar de la China, desempeñó diferentes comisiones y cruceros por las costas de Borneo, logrando batir y quemar dos Subanes, recogiendo armas y efectos. —Hizo varios desembarcos y sostuvo constantemente cañones quemando varias poblaciones, destruyendo diferentes embarcaciones, haciendo varios prisioneros, rescatando cautivos y cogiendo cañones, fusiles y considerable número de armas blancas; apresando por último dos embarcaciones con moros.

En 1866 y 67, mandando la división naval del Sur, asistió á todas las operaciones de la campaña del Río Grande de Mindanao, hasta la pacificación en 10 de Marzo del último año.

Asistió con la caouadrilla á sus órdenes á la toma de Maibum y condujo la expedición de tropas desde Joló á Parang; y sometidos aquellos rebeldes, reembarcó la expedición conduciéndola nuevamente á Joló.

En Mayo de dicho año volvió á concurrir con seis buques de las fuerzas de su mando á la expedición de Tapal, llevando la columna expedicionaria de 900 hombres, á la que agregó la compañía de desembarco de 100 marineros. Tomada la cotta y sometida la isla, reembarcó la expedición y la condujo á Joló.

Al estallar la actual insurrección en Manila, se hallaba de comandante general del apostadero, y avisado del movimiento en Cavite se trasladó de acuerdo con el capitán general, al buque que arbolaba su insignia de comandante general de la escuadra, desde donde organizó las fuerzas que hoy se están utilizando para el ataque á Cavite, dirigiendo personalmente operaciones de desembarco y protegiendo el avance de las columnas con los fuegos de los buques de su mando.

Decretado su relevo por el gobierno de S. M. llegó á la Península á fines del mes de Diciembre último cayendo en un estado de postración y abatimiento tal, que recrudecidos sus padecimientos adquiridos sobre el puente de los buques, la ciencia ha sido ineficaz para prolongarle la vida, y después de breve y penosísima enfermedad ha bajado al sepulcro si bien en la creencia tranquila de haber cumplido siempre con su deber, con la pena de que no se hayan esclarecido ciertos *sucesos*, mediante la información que solicitó tan pronto como puso el pie en España y se enteró del motivo de su anticipado relevo.

Descanse en paz tan honrado marino, que siempre sirvió con lealtad á su patria y á quien todos reconocen mucho arrojo y sangre fría para la mar en los momentos de mayor peligro, y grandes dotes de mando que se traslucían en la buena organización y policía de los buques que ha mandado y en la instrucción militar y marinera de sus dotaciones, debido á su entera dedicación.

Esta misma entereza se conservó hasta los últimos momentos siendo su muerte un extenuante para todos los que le rodeaban, que velaron todo, apartándose por completo de lo mundano, pedía y recibía con ansia y fervor todos los sacramentos, orando justamente por los que habían al Señor la recomendación de su alma.

A las tres y media de esta tarde se ha verificado el entierro, que ha sido una grandísima manifestación de duelo á la cual ha asistido toda Cartagena; viéndose entre la multitud que formaba todo el personal franco de servicio de la Armada y del Ejército.